

No quisiera decirlo; pero quizá por este vicio é ingratitud se inventó aquel trillado refran que dice: *quieren ver á un ruin, denle un cargo*. Ello es una vileza de espíritu \* degenerar de su sangre, y dejar perecer en la miseria á los deudos solo por pobres, al tiempo que se podian favorecer con facilidad á merced del puesto encumbrado que se ocupa †.

Pero aunque sea soberbia, villanía ó lo que se le quiera llamar, así lo vemos practicar. Y si estas clases de personas son tan altivas con su sangre, ¿que no serán con sus dependientes, súbditos y otros pobres, á quienes consideran muy indignos de su afabilidad y cortesía?

Se vé, y no con rareza, que muchos de estos que eran atentos, cariñosos y bien criados con todo el mundo en la esfera de pobres, luego que cambia su suerte y se levantan de entre la ceniza se hacen soberbios, hinchados, fastidiosos y detestables.

El célebre padre Murillo en su catecismo, citando á Plinio y Estrabon, dice: que el Bucéfalo ó caballo de Alejandro quando estaba en pelo se dejaba manosear y tratar de cualquiera; pero en quanto lo ensillaban y enjazeaban ricamente, se volvía indomable, y no se sujetaba sino al jóven Macedon. El dicho padre hace sobre este cuentecillo una reflexion muy oportuna que la he de poner al pié de la letra. *Hay algunos (dice) que son tratables quando están en pelo; pero viéndose adornados con una garnacha, una borla, una dignidad, y aun iba á decir, con una mortaja de religioso, no hay quien se averigüe con ellos.*

No hijos, por Dios, no aumenteis el número de estos ingratos soberbios. Si mañana la suerte os colocale en algun pue-

---

\* Así como puede haber una alma noble en un plebeyo, así puede haber una alma ruin dentro de un noble, y á esta llamamos alma vil ó vileza] de espíritu.

† Se entiende, sin perjuicio de la justicia, pues entonces no resultará del beneficio virtud sino agravio.

to brillante, que es lo que se dice *estar en candelero*; ó si teneis riquezas y valimientos, dispensad vuestros favores á cuantos podais sin agravio de la justicia, que eso es ser verdaderamente grandes. Mientras mayor sea vuestra elevacion, tanto mayor sea vuestra beneficencia. Ciceron en la defensa de Q. Ligario, dice: *Que con ninguna cosa se parecen los hombres mas á Dios que con esta virtud*. Siempre respetará el mundo los augustos nombres de Tito y Marco Aurelio. Este llenó de glorias y de felicidades á Roma, y aquel fué tan inclinado á hacer bien, que el dia que no hacia uno, decia que lo habia perdido, *diem perdidimus*.

Por otra parte: jamás os desvanecais con las riquezas ni con los empleos de distincion; porque esta será la prueba mas segura de que no los mereceis, ni habeis jamás disfrutado de aquellas. Si vemos que uno al entrar en un coche ó subir á un barco se desvanece y le acometen vértigos frecuentes, fácilmente conocemos aunque él no lo diga, que aquella es la primera vez que pisa semejantes muebles. No sin razon dice nuestro vulgar adagio: *que á herradura que chapalea clavo le falta*, y es por esto.

¡Qué diferente juicio no hace el mundo de aquellos que habiendo nacido pobres ú oscuros, y hallándose derrepente con riquezas ú empleos sobresalientes, ni se desvanecen con la altura de estos, ni se deslumbran con el brillo de aquellas, sino que inalterables en el mismo grado de sencillez y bella índole que ántes tenian conquistan quantos corazones tratan! ¡No es preciso confesar que el corazon de estos hombres es magnánimo: que no se aturde ni se inflama con el oro y que si nació sin empleos y sin honores, á lo menos fué siempre digno de ellos?

Y si estos mismos hombres en vez de abusar de su poder ó su dinero para oprimir al desvalido, ó atropellar al pobre, en cada uno de estos desgraciados reconocen un semejante suyo,

lo halagan con su dulce trato, lo alientan con sus esperanzas, y lo favorecen cuando pueden, ¿no es verdad que en vez de murmuradores, envidiosos y maldicientes, tendrían un sinnúmero de amigos devotos que los llenáran de bendiciones, les deseáran sus aumentos, y glorificáran su memoria aun mas allá del término de sus días? ¿Quién lo duda?

Ni es prenda menos recomendable en un rico de los que hablo, una ingenuidad sincera y sin afectacion. El saber confesar nuestros defectos nosotros mismos, es una virtud que trae luego la ventaja de ahorrarnos el bochorno de que otros nos los refrieguen en la cara; y si el nacer pobres ó sin ejecutorias, es defecto \*, confesándolo nosotros les damos un fuerte tapaboca á nuestros enemigos y envidiosos.

El no negar el hombre lo humilde de sus principios cuando se halla en la mayor elevacion, no solo no lo demerita, sino que lo ensalza en el concepto de los virtuosos y sabios, que son entre quienes se ha de aspirar á tener buen concepto, que entre los nécios y viciosos poco importa no tenerlo.

Bien conoció esta verdad un tal Wigiliso, que habiendo sido hijo de un pobre carretero, por su virtud y letras llegó á ser arzobispo de Maguncia en Alejandria, y ya para no engreirse con su alta dignidad, ó como dijimos, para no dar que hacer á sus émulos, tomó por armas y puso en su escudo una rueda de un carro con este mote: *Memineris quid sis et quid fueris*. Acuérdate de lo que eres y de lo que fuiste.

Tan léjos estubo esta humildad de disminuirle su buen nombre, que ántes ella misma lo ensalzó en tanto grado, que despues de su muerte mandó el emperador Enrico II que aquella

\* No son defectos. El mundo mira con desprecio á los pobres y á los que no brillan con la nobleza; pero esta es una de las locuras de que está el mundo lleno. Los defectos que no penden del arbitrio del hombre, no son vituperables, ni se deben echar en cara. Hacerlo es necesidad.

rueda se perpetuase por armas del arzobispado de Maguncia.

Agatocles, como rey y rey rico, tenia oro y plata con que servirse á la mesa, y sin embargo, comia en barro para acordarse que fué hijo de un alfarero.

Y por último: el señor Bonifacio VIII fué hijo de padres muy pobres: ya siendo pontífice romano fué á verlo su madre: entró muy aderezada, y el santo papa no la habló siquiera; ántes preguntó *¿quién es esta señora?* Es la madre de V. Santidad. *No puede ser eso*, dijo, *si mi madre es muy pobre*. Entonces la señora tuvo que desnudarse las galas, y volvió á verlo en un traje humilde, en cuya ocasion el papa la salió á recibir y la hizo todos los honores de madre como tan buen hijo \*.

¿Ya veis pues, queridos míos, como ni los oficios ni la pobreza envilecen al hombre, ni le son estorbo para obtener los mas brillantes puestos y dignidades, cuando él sabe merecerlos con su virtud ó sus letras? En estas verdades os habeis de empapar, y estos son los ejemplos que debeis seguir constantemente, y no los de vuestro mal padre que habiéndose conaturalizado con la holgazaneria y la libertad, no se queria dedicar á aprender un oficio ni á solicitar un amo á quien servir, porque era noble; como si la nobleza fuera el apoyo de la ociosidad y del libertinage.

La pobre de mi madre se cansaba en aconsejarme, pero en vano. Yo me empeoraba cada día, y cada instante le daba

\* Del Sr. Benedicto XI se sabe que siendo un pobre hijo de una lavandera de paños, exaltado al pontificado fingió tambien no conocerla porque iba vestida de seda; y así que fué á visitarlo con su humilde traje de lana la conoció y obsequió.

Del Sr. Benedicto XII, dice la historia, que habiendo sido hijo de un molinero no quiso jamás reconocerlo sino en su propio traje de molinero. Estos heroicos ejemplos de humildad han quedado escritos para realzar mas el mérito y la virtud de tales personajes. *Vease el Onomástico de Guillermo Burio, secc. X, fol. 358.*

nuevas pesadumbres y disgustos, hasta que acosada de la miseria y oprimida con el peso de mis maldades, cayó la infeliz en una cama de la enfermedad de que murió.

En este tiempo ¡qué trabajos para el médico! ¡Qué ansias para la botica! ¡Qué congojas para el alimento no costó, no á mí, sino á la buena de tia Felipa! porque yo, pícaro como siempre, apenas iba á casa al medio dia y á la noche á engullir lo que podia, y á preguntar como por cumplimiento como se sentia mi madre.

Ya han pasado muchos años, ya he llorado muchas lágrimas, y mandado decir muchas misas por su alma, y aun no puedo acallar los terribles gritos de mi conciencia, que incesantemente me dicen: tú mataste á tu madre á pesadumbres; tú no la socorriste en su vida despues de sumergirla en la miseria, y tú, en fin, no le cerraste los ojos en su muerte. ¡Ay hijos míos! no quiera Dios que esperimeteis estos remordimientos. Amad, respetad, y socorred siempre á vuestra madre, que esto os manda el Criador y la naturaleza.

Por fortuna la fiebre que le acometió fué tan violenta que en el mismo dia la hizo disponer el médico, y al siguiente perdió el conocimiento del todo.

Dije que esto fué por fortuna, porque si hubiera estado sin este achaque, habria padecido doble con sus dolencias, y con la pena que le deberia haber causado el vil proceder de un hijo tan ingrato y para nada.

En los seis dias que vivió, todo su delirio se redujo á darme consejos y á preguntar por mí, segun me dijeron las vecinas, y yo cuando estaba en casa no le oia decir sino ¡ya vino Pedro! ¡Ya está ahí! Déle vd. de cenar, tia Felipa: hijo, no salgas, que ya es tarde, no se suceda una desgracia en la calle, y otras cosas á este tenor con las que probaba el amor que me tenia. Ay, madre mia! ¡Cuánto me amaste, y qué mal correspondí á tus caricias!

Finalmente, su merced espiró cuando yo no estaba en casa. Súpelo en la calle, y no volví á aquella ni puse un pié por sus contornos, sino hasta los tres dias, por no entender en los gastos del entierro y todos sus anexos, porque estaba sin blanca, como siempre, y el cura de mi parroquia no era muy amigo de fiar los derechos.

A los tres dias me fuí apareciendo y haciéndome de las nuevas, contando como habia estado preso por un pleito, y con el credo en la boca por saber de mi madre, y qué sé yo cuántas mas mentiras, con las que, y cuatro lagrimillas, les quité el escándalo á las vecinas y el enojo á nana Felipa, de quien supe que viendo que yo no parecia y que el cadáver ya no aguantaba, barrió con cuanto encontró, hasta con el colchon y con mis pocos trapos, y los dió en lo que primero le ofrecieron en el Baratillo, y así salió de su cuidado.

No dejó de afligirme la noticia, por lo que tocaba á mi persona, pues con el rebato que tocó me dejó con lo encapillado y sin una camisa que mudarme, porque cuantas yo tenia se encerraban en dos.

A seguida me contó que debia al médico no sé cuantas visitas, y al boticario qué sé yo qué recetas, que como nunca tuve intencion de pagarlas no me impuse de las cantidades.

Despues de todo, yo no puedo acordarme sin ternurá, de la buena vieja de tia Felipa. Ella fué criada, hermana, amiga, hija y madre de la mia en esta ocasion. Fuérase de droga, de limosna ó como se fuese, ella la alimentó, la medicinó, la sirvió, la veló y la enterró con el mayor empeño, amor y caridad, y ella desempeñó mi lugar para mi confusion, y para que vosotros sepais de paso que hay criados fieles, amantes y agradecidos á sus amos, muchas veces mas que los mismos hijos; y es de advertir que luego que mi madre llegó al último estado de pobreza, le dijo que buscara destino porque ya no podia pagarle su salario: á lo que la viejecita llorando le respondió,

que no la dejaria hasta la muerte, y que hasta entónces le serviria sin interes, y así lo hizo, que en todas partes hay criados héroes como el calderero de S. German.

Pero yo no me tenia tan bien grangeado el amor de nana Felipa, á pesar de que me crió, como dicen. Aguantó como las buenas mugeres los nueve dias de luto en casa, y no fué lo mas el aguantarlos, sino el darme de comer en todos ellos á costa de mil drogas y mil bochorros, pues ya no habia quedado ni estaca en pared.

Pero viendo mi sinvergüenceria, me dijo: Pedrito, ya ves que yo no tengo de donde me venga ni un medio: yo estoy encue-ros y he estado sin conveniencia por servir y acompañar al alma mia de señora, que de Dios goce; pero ahora, hijito, ya se murió, y es fuerza que vaya á buscar mi vida; porque tú no lo tienes ni de donde te venga, ni yo tampoco; y asina ¡qué hemos de hacer? y diciendo esto, llorando como una niña y mudándose para la calle fué todo uno, sin poderla yo persuadir á que se quedara por ningun caso. Ella hizo muy bien. Sabia el pan que yo amasaba, y la vida que le habia dado á mi pobre madre; ¡qué esperanzas le podian quedar con semejante vagamundo?

Cátenme vdes. solo en mi cuarto mortuorio, que ganaba veinte reales cada mes, y no se pagaba la renta siete: sin mas cama, sábanas ni ropa que la que tenia encima: sin tener que comer ni quien me lo diera, y en medio de estas cuitas va entrando el maldito casero apurándome con que le pagara: haciéndome la cuenta de veinte por siete son ciento cuarenta, que montan diez y siete pesos cuatro reales, y que si no le pagaba, ó le daba prenda ó fiador, veria á un juez y me pondria en la cárcel.

Yo temeroso de esta nueva desgracia, ofrecí pagarle á otro dia, suplicándole se esperara mientras cobraba cierto comunicado de mi madre.

El pobre lo creyó y me dejó. Yo no perdí tiempo, le escribí un papel en que le decia, que al buen pagador no le dolián prendas, y que en virtud de eso le hacia cesion de bienes de todos los trastos de mi casa, cuya lista quedaba sobre la mesa.

Hecha la carta, cerrada con oblea y entregada con la llave á la casera, me salí á probar nuevas aventuras y á andar mis estaciones, como vereis en el capítulo que sigue.

Pero ántes de cerrar éste, sabreis como á otro dia fué el casero á cobrar: preguntó por mí: diéronle el papel: lo leyó: pidió la llave: abrió el cuarto para ver los trastos, y se fué hallando con el papel prometido que decia:

*LISTA de los muebles y alhajas de que hago cesion á D. Pánfilo Pantoja, por el arrendamiento de siete meses que debo de este cuarto. A saber.*

Dos canapes y cuatro sillitas de paja, destripados y llenos de chinches.

Una cama vieja que en un tiempo fué verde, tambien con chinches.

Una mesita de rincon, quebrada.

Una id. grande ordinaria, sin un pié.

Un estantito sin llave y con dos tablas menos.

Un petate de á cinco varas, y en cada vara cinco millones de chinches.

Un nichito de madera ordinaria con un pedazo de vidrio, y dentro un santo de cera, que ya no se conoce quién es por las injurias del tiempo.

Dos lienzos grandes que por la misma causa no descubren ya sus pinturas; pero sí el cotense en que las pusieron.

Dos pantallitas de palo viejas, doradas, una con su luna quebrada y otra sin nada.

Una papelera apolillada.

Una caja grande sin fondo ni llave.

Un baúl tiñoso de pelo y muy anciano.  
 Una silla poltrona coja.  
 Una guitarra de tejamanil sorda.  
 Unas despaviladeras tuertas.  
 Una pileta de agua bendita de Puebla, despostillada.  
 Un rosario de Jerusalén con su cruz embutida en concha,  
 sin mas defecto que tres ó cuatro cuentas menos en cada diez.  
 Un tomo trunco del Quijote sin estampas.  
 Un Lavalie viejito y sin forro.  
 Un promontorio de novenas viejas.  
 Un candelero de cobre.  
 Una palmatoria sin cañon.  
 Dos cucharas de peltre y un tenedor con un diente.  
 Dos posillos de Puebla sin asa.  
 Dos escudillas de id. y cuatro platos quebrados.  
 Una baraja embijada.  
 Como veinte relaciones y romances, y otros impresos suel-  
 tos.  
 Entre ollitas y cazuelas buenas y quebradas, doce piezas.  
 Un casito agujerado.  
 Un pedazo de metate.  
 Un molcajete sin mano.  
 La escobita del vasin.  
 La olla del agua.  
 El cántaro del pozo.  
 El palito de la lumbre.  
 La tranca de la puerta.  
 Una borcelana cascada.  
 Dos servicios útiles pocos vacios.  
 Todo esto para el señor casero, encargándole que si sobra-  
 re algun dinero despues de pagada su deuda, lo invierta por  
 bien de la difunta.—México 15 de Noviembre de 1789.—  
*Pedro Sarmiento.*



Se daba al diablo el triste casero con semejante lista, mientras yo, según os dije, me ocupaba en otras atenciones más precisas.

## CAPITULO II.

Solo, pobre y desamparado Periquillo de sus parientes, encuentra con Juan Largo, y por su persuasión abraza la carrera de los Pillos en clase de *cócora* de los juegos.

**Q**UENDOME solo, huérfano y pobre, sin casa, hogar, ni domicilio como los maldecidos judíos, pues no reconocía feligresía ni vecindad alguna, traté de buscar, como dicen, madre que me envolviera; y medio roto, cabizbajo y pensativo, salí para la calle luego que entregué á la casera la lista de mis esquistos muebles.

El primer paso que di, fué ir á tentar de paciencia á mis parientes paternos y maternos, creyendo hallar entre ellos algun consuelo en mis desgracias; pero me engañé de medio á medio. Yo les contaba la muerte de mi madre y mi horfandad y desamparo, rematando el cuento con implorar su proteccion; y unos me decian que no habian sabido la muerte de su hermana: otros se hacian de las nuevas: todos fingian condolerse de mi suerte; pero ninguno me facilitó el mas mínimo socorro.

Despechado salia yo de cada casa de las de ellos, considerando que no habia tenido ningun pariente que tomara interes en mi situación sino mi difunta madre, á quien comencé á sentir con mas viveza; al mismo tiempo que concebí un odio mortal contra toda la caterva de mis desapiadados tios.

¿Es posible, decia yo, que estos son los parientes en el mundo? ¿Tan poco se les dá de ver perecer á un deudo suyo y tan cercano? ¿Estas son las leyes que se guardan de la naturaleza?